

Estupidez y biología

Capítulo 2 de *El poder de la estupidez* de Giancarlo Livraghi

Traducción castellana de Gonzalo García
Junio 2010

Aunque no es una enfermedad, la estupidez se difunde como un virus; más en general, se multiplica al igual que cualquier ser vivo. Sin embargo, en un entorno biológico básico, el “problema de la estupidez” no existe. El proceso se basa en la producción de una cantidad extraordinariamente numerosa de mutantes “necios”. Solo muy pocos – los “más aptos” – sobreviven, eso es todo.

Desde este punto de vista, lo que vemos como una catástrofe no es sino otra variación dentro del curso “natural” de los acontecimientos. Los botánicos consideran que los fuegos destructivos ocasionales son un paso necesario, deseable incluso, de la evolución de un bosque. Es de creer que los millones de seres vivos que mueren en el proceso no estarán de acuerdo con la idea, pero su opinión resulta irrelevante.

Desde esta perspectiva, las soluciones son simples y muy eficaces. Si se produce una superpoblación, todo lo que se necesita es otra epidemia de peste (o cualquier otro mecanismo de exterminación de masas que no interfiera en exceso con el medio ambiente) que cause la muerte del 90 por 100 de la humanidad. Es probable que el 10 por 100 restante, en cuanto se recupere del choque, considere bastante agradable el entorno resultante.

También es probable que sean seres genéticamente similares y compartan rasgos específicos de aspecto y actitud. Si todos tuvieran el pelo verde, ojos rosas y preferencia por el tiempo lluvioso, pronto pasarían a considerar a aquellas personas (extintas) con cualquier otro color de ojo o de pelo, o preferencia por el tiempo soleado, como gente extraña e “inferior”; sus libros de historia – resistentes a la humedad – nos tratarán como tratamos nosotros a los neandertales.

La destrucción o esterilización de nuestro planeta, ya fuera fruto del poder nuclear (o químico) de creación humana, o quizá producto de la colisión con algún asteroide errante, sería un detalle irrelevante desde una perspectiva cósmica. Y si ocurriera antes del desarrollo de los viajes y la colonización espacial, la desaparición de nuestra especie (junto con el resto de la biosfera terrestre) no causaría ni un leve pestañear dentro del conjunto de nuestra galaxia.

Sin embargo, en el medio biológico particular que ciertas especies (como la nuestra) disponen, el sistema se basa en dar por sentado que el medio puede – y debe – ser controlado; y que todos los individuos de nuestra especie (y de otras especies que “protegemos”) deberían poder vivir por más tiempo y con más agrado de cuanto obtendrían en un medio no controlado.

Para eso se requiere una variedad particular de “inteligencia” organizada. En consecuencia, la estupidez, en esta etapa y en esta clase de medio evolutivo, resulta extremadamente peligrosa.

Al parecer, hay quien piensa que la decadencia es irreparable y que, por algún terrible azar de la evolución, la estupidez impera ya por completo. Sin duda, abundan los hechos inquietantes que parecen confirmar esa idea. Este libro aspira a comprender si se puede evitar aún la catástrofe extrema y de qué forma sería posible.

Podría ser demasiado largo y complejo entrar en el debate científico (con frecuencia inútil, pero a veces ilustrativo) sobre la inteligencia de la biología o la biología de la inteligencia. Cabe afirmar, según sea el punto de vista, que la evolución es inteligente... o estúpida. Son las mismas contradicciones que cabe hallar en el estudio de las culturas humanas.

Sobre esta cuestión hay otra observación interesante de James Welles. La arqueología se dedica, principalmente, a buscar inteligencia; es decir, aquello que desde el origen de nuestra especie diferencia al *homo sapiens* de los otros humanoides que (según nuestros criterios) parecen poseer una capacidad de pensamiento menor. O, en tiempos no tan remotos, hallar hechos que muestren “progreso”: mejoras en la técnica, la ciencia o la organización social. La disciplina de la historia, por otro lado, es una colección inagotable de fallos y errores, en suma: una celebración infinita del poder de la estupidez.

El mismo autor ha llamado la atención sobre el carácter ambivalente de la herencia cultural. La tradición es una acumulación de conocimientos y experiencias útiles. Pero también es la rigidez anquilosada de los prejuicios, la superstición, las costumbres, el dogmatismo, las restricciones y la obediencia, que entorpecen el conocimiento y son, con frecuencia, las raíces de la necedad.

No solo en la evolución científica y filosfica nos vemos obligados a elegir, sino también en la vida cotidiana. ¿Qué parte del saber obtenido con la experiencia debemos retener, y qué debemos aprender a partir de nuevos estímulos, o quizá de cosas que ya conocemos pero aún no hemos comprendido tan a fondo como podríamos? Tenemos que hacer las dos cosas, siempre que se presenta la oportunidad. Es mucho lo que podemos aprender al combinar la experiencia con la curiosidad. Estudios recientes en el campo de la paleoantropología nos ayudan a entender que, en el origen de nuestra especie, en las culturas humanas más “primitivas”, había estructuras sociales coherentes y cohesivas.

Hay valores hondamente arraigados en la naturaleza humana que pueden reducir la estupidez y contrarrestar sus efectos con eficacia. El problema es cómo dar con ellos y hacer que funcionen en las turbulencias y complejidades del día de hoy.

Sería sin duda demasiado difícil, muy largo y tirando a aburrido entrar en un debate sobre la naturaleza de la inteligencia.

Las controversias teóricas se complican sin fin y con frecuencia no llegan a ninguna conclusión. Pero hay un hecho que sí es relevante: carece de sentido definir la inteligencia como algo solo lineal o lógico; y no es menos erróneo descalificar como estúpido todo aquello que no parece poder explicarse plenamente mediante el pensamiento racional.

No podemos separar razón y emoción, lógica e intuición. Se han dado grandes pasos en el conocimiento (y la ciencia) gracias a percepciones intuitivas que no encontraron una explicación “racional” precisa hasta más adelante. La experiencia cotidiana también demuestra que la intuición puede ser más rápida y más eficaz que un exceso de razonamiento.

Puede cometer una estupidez el que no se rige más que por la emoción, pero tampoco es muy brillante quien cree que todos los problemas se pueden resolver de acuerdo con una secuencia aparentemente lógica. Esta es una de las razones por las que, al final de este libro, se hallan varias observaciones “informales” al respecto de cómo simplificar la complejidad.

Ver Apéndice

Pensamientos simples sobre la complejidad

gandalf.it/esp/caos.htm